

Fernando Binvignat

Cruz y Laurel

A la memoria de Pedro Prado



EDRO,

junto a una cruz he leído tu nombre
este bello crepúsculo de estío
que en el mar de Coquimbo desflora sus
[malvares.

He leído tu nombre con ese sobresalto
del grito que ahuyenta la paloma del sueño.
Y me he quedado inmóvil, ausente, lejano,
para no comprender que tu nombre no ha sido
escrito por tu mano de labrador magnánimo,
de silencioso jardinero.
Porque tu nombre era la rama del olivo,
la flor de la patagua, la abeja cadenciosa,
el camino secreto de la montaña blanca,
el vuelo de la estrella —golondrina perdida—,
el eco soledoso de las remotas playas.
No acepto la sentencia fatídica del tiempo,

ni la mentira inútil de la yacencia eterna,
porque tú no has muerto,
porque no pueden hacer morir
los hombres y su tristeza, ni tu silencio.
Porque tú no has muerto.

Y para estar seguro de tu presencia amable,
que alumbre mi conciencia esta verdad cristiana,
conversaré contigo en la sala fraterna
con discípulos mudos en los fríos estantes.

Otra vez te pregunto,
¿qué descubrió tu mano de feliz mensajero
en el olvido humilde de las Flores del Cardo?
¿Con qué rama de musical pecíolo
te entregaron las brisas el Llamado del mundo?
¿En qué cielo encontraste
la substancia celeste de las alas de Alsino,
que abrigaron, filiales, tu heroico corazón?
¿En qué fresco y radioso manantial
bebiste el agua santa
que es tu palabra pura de alquimista sonámbulo,
de iniciado ausente, de elegido, de asceta,
de astrólatra gozoso, de músico nocturno?
¿Qué ceguera de luna o azul atardecer
lloraron en tus ojos los pájaros errantes?
Filósofo del trébol, del rocío y la rosa,
¿qué soñaba tu alma en las estancias
de tu casa abandonada?
¿Fué sabia la sentencia, tu sentencia,
juez de TU soledad?

Y el Otoño en las Dunas,
¿te dió paz de azucena o magnitud de olvido?
¿Recorriste el Camino de las Horas
apoyado en el frágil báculo de la luna,
entre piños de niebla o collares de alondras?
Quisiera que otra vez me hablaras de tus sueños,
que tu diálogo fuera descubriendo el estambre
oculto en la pureza del espíritu,
encendiendo la lámpara de tu soneto sacro,
acariciando el triste verso de las violetas.
Que otra vez nos hablaras de Manuel en mi casa,
entre los perfumados huertos de La Serena,
para escuchar la rima de tu voz y del Angelus
y del mar con sus verdes abanicos nostálgicos.
Quiero oírte otra vez,
porque no has muerto,
aunque encierren tu cuerpo entre negras maderas
y te bajen los párpados con dedos arbitrarios,
con piedad sollozante en vigiliass de cirios
y ofrendas circulares de familiares ramas,
y te crucen las manos con doloroso miedo.
Bajo la losa blanca dormirás en secreto
junto al laurel, la palma y el ciprés.
Sin el cielo, la nube y la estrella
será mayor tu ausencia.
Pero estarás presente para siempre, poeta,
Pedro, tú el primogénito,
siempre estarás presente en la casa paterna,
entre la ascendencia intacta,

la no diezmada, la perpetua,
con tu risa de arroyo,
con tu pupila alada y misteriosa,
con tu mano fecunda, labradora,
con tu frente, alta y firme, de maestro y hermano,
de padre y de mayorazgo,
y con tu corazón donde tu vida
no fué más que una rosa.

Guayacán, estío de 1952.